

huellas de los discípulos de Mahoma fué causa de que á la satisfacción de nuestra curiosidad substituyera la náusea, no hay motivo de arrepentimiento, porque ésta nos ha podido confirmar en la convicción de nuestro aserto. Más aún: en presencia de sus actos, en el examen de sus costumbres, podemos nuevamente afirmar: que los discípulos del Korán no pueden formar un imperio serio por no bullir en sus pechos el fuego de la moralidad.

Tengámosles lástima, y mientras pedimos á Dios que se apiade de ellos tocándoles el corazón y haciendo brillar en su inteligencia la luz de la fe, regresemos al punto donde nos vino la tentación de distraer nuestro viaje para visitar la cuna y el teatro de las quimeras del Profeta, y recordar allí para ser más agradecidos á Dios y más entusiastas de nuestra amada Patria, los timbres de gloria de ésta por su fe ardiente en el Dios de los ejércitos. Recordará el lector que el sitio que hacemos referencia es Chubek ó Kerak-ech-Chobet, ó sea, el *Mons regalis* ó monte real de la época de las Cruzadas. En un collado se halla en regular estado de conservación la fortaleza erigida por Balduino I. Una puerta maciza de hierro da entrada á ella.

En los confines del gran desierto de Arabia está situada Maán. Contiene muchas fuentes á las cuales esta ciudad debe su origen. Sus habitantes que llegan al número de mil, apenas tienen otros medios de subsistencia que aquellos que les proporcionan las peregrinaciones á la Meca, y á ello debe Maán su nombradía. Véanse en ella agradables jardines y viñedos; pero el terreno de sus inmediaciones es peñascoso é ingrato al cultivo de los cereales. Los habitantes de los dos barrios de la ciudad, construidos cada uno sobre una colina, están casi en riñas continuas que llegan á ser sangrientas no pocas veces.

Estos lugares, habitados aún hoy día, formaban la región llamada primitivamente Seir, cuyo nombre deriva de Seir, príncipe de los Horrienos, y separaba la Judea de la Arabia. Los Horien, Horrienos ú Horitas, sus primeros pobladores, fueron expulsados por los edomitas, conforme llevamos apuntado arriba, y dieron á Seir el nombre de Edom. El pueblo edomita estaba dividido en varias tribus, bajo la dirección de sus jefes, alluph, entre los cuales fué celebre Theman, nieto de Esaú. Los edomitas sostuvieron continuas guerras contra los hebreos, y varias veces quedaron sujetos al poder de los mismos y de los caldeos. En tiempo de Herodes, una de sus dinastías ocupó el solio de la Judea, pues Herodes el Grande era hijo de Antifiater, edomita agraciado por el César con el cargo de procurador de aquélla.

Poco antes de que aconteciera esto, se había verificado una impor-

tante revolución en aquellas montañas: al tiempo que la raza de Esaú se extendía con sus progresos más adelante por la provincia de Gebalene, Djebal, los descendientes del primogénito de Ismael; Nebaioth, los arrojaron de sus dominios, ó sea, el monte Seir, fundado el pequeño reino de Nabat, (entre los latinos Arabia Petrea). Su capital fué Petra (la Roca, Selah).

La Escritura no hace mención de los nabateos hasta después de la época de los macabeos. Bajo el imperio de Augusto formaban ya una nación poderosa, situada á lo largo del golfo Arábigo, y según opinión de algunos autores antiguos ocupaban toda la Arabia desierta y parte de la Feliz, de modo que algunas veces se les ha confundido con los árabes en general. Vivían bajo un gobierno monárquico y hereditario que residía en Petra, siendo su primer soberano que menciona la historia Aretas. Estrabón ensalza la sabiduría de las leyes de los nabateos. Posteriormente este nombre fué reemplazado por el de Sarracenos. Como pueblo enemigo del lujo y de la molicie, vivió siempre en la mayor continencia: la ley castigaba severamente al que malgastaba su hacienda, y al contrario recompensaba á aquel que procuraba aumentarla. Era tan grande el horror que les causaban los cadáveres, que los arrojaba á las cloacas ó los sepultaba en el estiércol, sin exceptuar los de sus mismos reyes. Pocos años antes de la era cristiana envió Roma un ejército á la Arabia Petrea al mando de Elio Galo, y para librarse el rey Obodas del peligro que le amenazaba apeló á la astucia y á la traición; después de recibir á los romanos con grandes muestras de sumisión y amistad dióles por guía en su marcha á Syleo, su primer ministro, y éste los llevó y los tuvo errantes por áridas soledades, donde la sed, el cansancio y las enfermedades acabaron con la invasora hueste. Finalmente, subyugada la Arabia Petrea en el año 105 de nuestra era por Cornelio Palma, uno de los tenientes de Trajano, fué reducida á provincia romana, formó en seguida la Palestina tercera ó Salutaris, y actualmente está sometida al imperio otomano.

Como traficantes y activos eran los nabateos los intermediarios principales del comercio entre la Judea, la Arabia meridional y las riberas del Mediterráneo; de aquí que acumulando caudales pudieran un día embellecer con magníficos monumentos su capital que á pesar del estado miserable á que la redujera la conquista musulmana, puede considerarse todavía como una maravilla. Diganlo sino el sinnúmero de sepulcros de infinidad de formas, los magníficos mausoleos, los templos, los palacios, pórticos, arcos triunfales, de cuyos restos nos hemos ocupado al internarnos por primera vez en las riscosas laderas de los mon-

tes que por todos lados circuyen el estrecho espacio que la ciudad ocupa.

En la Edad Media fué la antigua capital de la Arabia Petrea arzobispado, dependiente del patriarca de Jerusalén, y después de Alejandría. El obispo de Petra tenía antes su silla en Rabba en la Moabitida.

A unos tres cuartos de hora al Noreste, después de una ascensión trabajosa por escalones labrados en la peña, llégase á vasta meseta artificial pues la forma el templo Ed-Dir, consagrado al culto gentilico en su origen, iglesia en la época cristiana. También por medio de escalones se sube á la cima de otra esplanada de inmediata colina, que sostiene otro templo, del que quedan todavía columnas y una magnífica hornacina en la pared de una sala. Desde allí, á una altura de cuatrocientos metros, abraza la mirada todo el perímetro de la ciudad, que en el fondo del valle permanece silenciosa en sus ruinas cuando en tiempos mejores mostrábase llena de vida, actividad y movimiento. ¿Qué ha sido, pregunta poseído de pavoroso asombro, al llegar aquí, el viajero Guerin, de aquellos altivos y opulentos nabateos que sólo por Roma pudieron ser subyugados? Por el comercio enriquecidos, dice, hicieron de su capital el asilo de su independencia y quisieron que fuese una de las más bellas ciudades del mundo. Al mirar los soberbios sepulcros que para sí labraron en las rocas á alturas de muy difícil acceso podíase pensar que por lo menos gozarían tranquilos la posesión de la tumba; mas no ha sido así: con los sectarios de Mahoma á aquel lugar los Lyathench, tribu codiciosa y feroz que no ha dejado sin remover una de aquellas cuevas con la esperanza de descubrir en ellas ocultos tesoros. ¡Contraste singular y digno de tenerse en cuenta! Las mortales cenizas de todo un pueblo no han podido librarse de los ultrajes y de la profanación, mientras el hermano de Moisés ha sido respetado en su sepultura, Oaly de Neby-Haraun, que conserva intacta en una de sus cumbres el monte Hor, el cual se divisa desde allí á la vista de los espléndidos mausoleos en lontananza.

Con dos horas de marcha se llega de Petra al Djebel-Harun ó monte Hor, donde murió el gran sacerdote Aarón. Allí acamparon los hebreos viniendo de Kadech, en la vulgata Cades, á donde Moisés condujo directamente al dejar el valle de Siná, verificando el viaje, según el Deuteronomio en once jornadas.

Llegado á Cades se encontraba el pueblo hebreo en las fronteras de la tierra prometida; pisaban el mismo suelo que sus antepasados, pues largo tiempo habían vivido allí Abraham, Isaac y Jacob.

Moisés les dijo en este lugar: «Habéis llegado al monte del Amorreo,

que el Señor, nuestro Dios debe darnos. Ved la tierra que el Señor vuestro Dios os da; subid y poseedla, según lo ha dicho el Señor Dios de vuestros padres; no temáis y nada os espante.» Todos entonces se aproximaron y le dijeron: «Enviemos hombres que reconozcan la tierra y nos informen por qué camino debemos subir y á qué ciudades hemos de ir.»

Esta indicación le pareció buena, y después de haber consultado al Señor, envió por su orden doce hombres de los principales de cada tribu, cuyos nombres son estos:

De la tribu de Rubén, Sammua, hijo de Zechur.

De la tribu de Simeón, Saphat, hijo de Huri.

De la tribu de Judá, Caleb, hijo de Jephone.

De la tribu de Isachar, Igal, hijo de Joseph.

De la tribu de Ephraim, Oseas, hijo de Nun.

De la tribu de Benjamin, Phalti, hijo de Raphu.

De la tribu de Zabulón, Geddiel, hijo de Sodi.

De la tribu de Joseph, por la estirpe de Manassés, Gaddi, hijo de Susi.

De la tribu de Dan, Ammiel, hijo de Gemalli.

De la tribu de Aser, Sthur, hijo de Michael.

De la tribu de Nephtalí, Nahabi, hijo de Vapú.

De la tribu de Gad, Güel, hijo de Madú.

Estos son los nombres de los sujetos que envió Moisés á reconocer la tierra; y á Oseas, hijo de Nun, de la tribu Ephraim, dió Moisés el nombre de Josué, añadiendo á su primer nombre la letra inicial de Jehová. Oseas quiere decir *Salud de Dios, Salud dada por Dios, Salvador ó Salvador*. En el Exodo se le da ya este nombre por anticipación. Josué quiere decir, el Eterno Salvador. Es el mismo nombre de Jesús, y así lo traducen los setenta intérpretes. Josué fué en el nombre y en los hechos una imagen muy expresiva de nuestro adorable Salvador Jesús.

Envió, pues, Moisés á aquéllos á reconocer la tierra de Canaán y dijoles: «Subid por el Mediodía, y cuando hayas llegado á las montañas, examinad la tierra, lo que ella es en sí y el pueblo que la habita, si éste es fuerte ó débil, si muy numeroso ó poco, si la tierra es buena ó mala, si las ciudades están fortificadas ó sin murallas, si el terreno es graso ó seco, si es pingüe ó estéril, si de bosques, ó sin árboles. Tened buen ánimo, y traednos, en fin, frutos de esa tierra.» Era precisamente el tiempo de las nuevas uvas.

Ejecutaron la orden de Moisés, exploraron todo el país, desde la extremidad meridional por donde entraron hasta la extremidad septentrio-

nal, en el monte Líbano. Pasaron, entre otros lugares, por Hebrón,* en donde estaba el valle de Mambré, no lejos del sepulcro de Abraham, y de Sara. (Hebrón fué fundada por Arbé, gigante padre de Enac; por cuya razón los gigantes de Canaán se llamaron Enacim, que en la Escritura se suele aplicar á todo gigante, y Hebrón fué llamada *Cariath Arbe*). A alguna distancia de allí llegaron á un valle en donde cortaron un sarmiento con su racimo, y dos hombres, para mejor conservarlo, y por su peso lo llevaban colgado en un palo. Llamaron á este valle Nehel-Escol, es decir, yalle ó torrente ó valle del Racimo. Hoy todavía á algunas leguas de Bethlehem, en el valle de Sorec, las viñas producen de ordinario racimos de siete libras de peso. Algunos viajeros modernos cuentan haber visto allí racimos de diez ó doce libras de peso, y en España mismo se hallan de semejante tamaño en las regiones meridionales. Según el testimonio de Roger, en su *Voyage dans la Terre-Sainte* en el valle de Sorec se encontró uno en el año 1634 cuyo peso era de veinticinco libras y media. Este valle de Sorec, ó de la Viña tiene un torrente que se llama de la Grappa. Allí quizás es donde los exploradores cortaron su muestra. Llevaron también granadas é higos.

En fin, habiendo regresado al campamento después de cuarenta días, ensalzaron la fertilidad del país, dijeron que verdaderamente corrían en él arroyos de leche y de miel, y enseñaron como prueba los frutos que habían traído, entre otros el sarmiento con el racimo llevado por dos hombres. Pero contaron también lo muy temibles que eran sus habitantes, diciendo: «Es un pueblo más grande y más numeroso que nosotros; sus ciudades son grandes y fortificadas hasta el cielo; es una tierra que traga á sus habitantes. Hemos visto allí gigantes entre los cuales parecíamos nosotros como langostas; los hijos de Enac, que están en Hebrón. No, nosotros no podemos combatir á este pueblo.»

Este nombre de Enac no era desconocido para los griegos. Pausanias habla del gigante Asterio, hijo de Anac ó de Enac, de diez codos de altura, y cuyo sepulcro se veía cerca de Mileto. Los sabios han creído encontrar todavía este nombre en Inaco y en los Inaquidas, antepasados de la raza ciclópea de los Pelasgos, cuyas singulares construcciones, conocidas bajo el nombre de monumentos ciclópeos, se encuentran en Asia, en Grecia, en Italia y en España.

Tal vez entonces reinaba en aquel país alguna epidemia, dando motivo á los exploradores para afirmar que «la tierra que hemos recorrido se traga á sus habitantes.» A pesar de que Dios había dicho á los israelitas (*Levit. XVIII, v. 24.*) que al presentarse delante de Canaán «vomitaría á sus moradores»; arrojando de sí á los que la profanaban

con su execrable idolatría y abominables torpezas. Con todo querían hacer pasar aquel clima por muy maligno y nocivo.

Josué y Caleb, como ponían su confianza en Dios, contaban por nada los peligros y dificultades de la empresa, y trataban de destruir la impresión que hacía aquel relato en el pueblo, y aseguraban que Israel vencería fácilmente á los habitantes.

Moisés añadió: «No os asustéis, ni le temáis. El Señor Dios es vuestro conductor; El mismo peleará por vosotros, como lo hizo en Egipto, viéndolo todos. Y en el desierto vosotros mismos lo habéis visto: os llevó el Señor vuestro Dios, como suelen llevar un hombre á su hijo pequeño por todo el camino, por donde anduvisteis hasta llegar á este lugar.» Pero el pueblo, desalentado, olvidando todo esto, se abandonaba al terror, gritaba, lloraba, murmuraba contra Moisés y Aarón, diciendo:

«Ojalá hubiéramos muerto en Egipto; y haga el cielo que perezcamos en esta vasta soledad, y no nos introduzca Dios en esta tierra, donde muramos al filo de la espada, y sean llevados cautivos nuestras mujeres y niños. ¿Pues no será mejor volvernos á Egipto?»

Y así dijéronse unos á otros: «Nombrémonos un caudillo y volvámonos á Egipto.»

En tal extremo Moisés y Aarón inclinaron sus rostros hasta la tierra delante de toda la multitud de los hijos de Israel, para implorar la misericordia de Dios.

En vista de esto, Josué y Caleb rasgaron sus vestiduras en señal de dolor, y emplearon todos sus esfuerzos para consolar al pueblo. «La tierra que nosotros hemos recorrido es muy excelente. Si el Señor se complace en nosotros, nos introducirá en ella y nos dará esta tierra en donde corren leche y miel. Es necesario únicamente que no os sublevéis contra el Señor; obrando así no temáis al pueblo de esa tierra; le devoraremos, por el contrario, como el pan; su sombra se ha retirado ya sobre ellos, y con nosotros está el eterno; no los temáis.

Pero en vez de escucharles, toda la muchedumbre exclamó que era necesario molerlos á pedradas. Entonces, de repente, la gloria de Jehová apareció sobre el tabernáculo de la Alianza. Y el Señor dijo á Moisés.

«¿Hasta cuándo ha de blasfemar de mí ese pueblo? ¿hasta cuándo no han de creerme, después de tantos milagros como he hecho á su vista?»

«Herirélos pues con peste, y acabaré con ellos; y á tí te haré príncipe de una nación grande y más poderosa que no esta.»

Pero Moisés, el más apocible de los hombres, intercedió de nuevo. Ardiendo de celo por la gloria de Dios, se atrevió á hacerle presente lo que dirían los egipcios; lo que se diría á los habitantes de Canaán, que han sabido que estáis en medio de este pueblo, que os dejáis ver cara á cara, que vuestra nube les protege, y que en una columna de nube les precedéis durante el día, y en una columna de fuego por la noche. Si pues hacéis morir á toda esta multitud como á un solo hombre, los que sepan la noticia dirán:

«No ha tenido poder para introducirlos en la tierra que les prometió con juramento, y por eso los ha muerto en el Desierto.»

¡Ah! primero, oh Adonai, se manifieste vuestra fuerza según lo que habéis dicho:

«El eterno es paciente y de mucha misericordia, que quita el pecado y las maldades; que á ninguno deja de castigar por inocente, pues nadie lo es por sí, que castiga el pecado de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación.»

«Perdonad, pues, yo os lo ruego el pecado de este pueblo, según la grandeza de vuestra misericordia, como le habéis sido propicio desde su salida de Egipto hasta este día.»

Y el Señor dijo: «He perdonado conforme á tu palabra. Sin embargo, también es verdad que vivo yo y que la gloria del Eterno llenará toda la tierra; todos estos hombres que vieron mi majestad y los prodigios que hice en Egipto y en el desierto, y que me han tentado ya por diez veces y no han obedecido mi voz, ninguno verá la tierra por la cual juré á sus padres, ni la verá alguno de aquellos que me han ultrajado. Mañana poneos en marcha y volved al desierto por el camino del mar Rojo. Sí, juro por mi mismo, que así como vosotros habéis hablado oyéndolo yo, así haré con vosotros. En esta soledad yacerán vuestros cadáveres: todos los que habéis sido revistados de veinte años y arriba, y que habéis murmurado contra mí, no entraréis en la tierra sobre la cual alcé mi mano, que os la haría habitar, fuera de Caleb, hijo de Genofé, y Josué, hijo de Nun; mas haré entrar á vuestros pequeños, de los cuales habéis dicho que serían despojo de vuestros enemigos, para que vean la tierra que á vosotros ha desagradado.

Vuestros cadáveres yacerán en el desierto, y vuestros hijos andarán errantes cuarenta años por este desierto, y pagarán vuestra infidelidad y desobediencia, hasta que vuestros cadáveres sean consumidos en el desierto. Conforme al número de los cuarenta días en que habéis reconocido la tierra, año por día será contado; y por espacio de cuarenta

años pagaréis vuestras iniquidades, y sabréis lo que sucede cuando me retiro de vosotros».

Al mismo tiempo, todos los hombres que Moisés había enviado para examinar la tierra, y que á su regreso excitaron las murmuraciones de toda la multitud, pintando esta tierra como funesta, fueron heridos súbitamente y murieron delante del Señor. Y no sobrevivieron de ellos más que Josué y Caleb. Este golpe había hecho disminuir la efervescencia de la multitud. Cuando Moisés fué á contarles una por una las palabras del Señor, los israelitas se afligieron extraordinariamente, «el pueblo prorrumpió en un amargo llanto».

Esta historia nos representa con vivos colores lo que sucedió después en tiempo de Jesucristo. Los judíos despreciaron el reino prometido por Jesucristo y se revelaron contra el Salvador; pero él, pendiente de la cruz, pidió perdón por ellos; más á excepción de pocos, fieles á Jesucristo, permanecieron los judíos de aquel tiempo excluidos del reino de Cristo. Sus hijos andan ahora errantes por el mundo hasta que al fin del mismo entrarán también en el gremio de la Iglesia del Hijo de Dios.

Al día siguiente, pasando de un extremo al otro, se levantaron los israelitas al amanecer para subir á la cima del monte, y dijeron: Estamos prontos á subir al lugar de que habló el Señor, porque reconocemos que hemos pecado.

Y Moisés les dijo: «¿Porqué traspasáis de nuevo el mandato del Señor? Esto no os será favorable».

«No penséis, pues, en ir; porque el Señor no está con vosotros; si no es que queráis ser derrotados por vuestros enemigos».

«El Amalecita y el Cananeo están en frente de vosotros, al filo de cuya espada pereceréis, por no haber querido rendiros al Señor, ni el Señor estará con vosotros». Pero ellos se obstinaron y subieron á la cima del monte. Sin embargo, el arca de la alianza de Jehová y Moisés no salieron del campamento. Los amalecitas y los cananeos, que habitaban la montaña, descendieron, é hiriéndoles y destrozándoles, los persiguieron hasta Horma.

San Pablo dirigía á los cristianos descendientes de estos antiguos hebreos, las reflexiones que los cristianos de todo origen harán muy bien en dirigirse á sí mismos, sobre todo cuando se considera lo que acabamos de ver. En cuanto á Moisés, á la verdad fué fiel en toda la casa de Dios, como su siervo, para testificar aquellas cosas que se habían de denunciar; mas Cristo, por el contrario, como hijo en su propia casa á la cual pertenecemos nosotros, con tal que tengamos firme la